

**MANUEL MORENO ALONSO, JOVELLANOS. LA MODERACIÓN EN
POLÍTICA¹**

Antonio Astorgano Abajo
astorgano1950@gmail.com
ORCID: 0000-0001-5585-7499

Manuel Moreno Alonso, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Sevilla y miembro de la International Napoleonic Society, es un gran especialista en personajes relevantes que fueron protagonistas de la España de finales del siglo XVIII y principios del XIX, en monografías como *La Generación española de 1808* (1989), *La forja del liberalismo en España: los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840* (1997), *La Junta Suprema de Sevilla* (2001), *La batalla de Bailén* (2008), *Napoleón. De ciudadano a emperador* (2008), *José Bonaparte, un republicano en el trono de España* (2008), *El nacimiento de una nación* (2010), *La verdadera historia del asedio napoleónico de Cádiz* (2011), *El clero afrancesado en España: los obispos, curas y frailes de José Bonaparte* (2014) y *Proceso en Cádiz a la Junta Central (1810-1812)* (2014). Es un hombre entregado en cuerpo y alma al estudio de la época napoleónica, de la Junta Central, de la Constitución de Cádiz, y de todo lo concerniente a los graves avatares de la Guerra de Independencia. Por tanto, es una de las personas más autorizadas para redactar una biografía política de Jovellanos y captar las enseñanzas que se desprenden de su vida, como la moderación, fervor patriótico y otras virtudes que son referentes aplicables a la actualidad.

Con este nuevo volumen, FAES continúa ampliando la colección *Biografías Políticas*, con la que apuntala su compromiso con la historia política de la España contemporánea a través de la difusión de la obra y el pensamiento de las figuras más relevantes de la tradición liberal-conservadora. Lo hace de forma plural, alejada del sectarismo y desmontando los tópicos del relato progresista. Los anteriores volúmenes fueron dedicados a Cánovas del Castillo, Maura, Silvela, Canalejas, Javier de Burgos, Alcalá-Zamora, y Gil Robles. Acertadamente con el pequeño volumen dedicado a Jovellanos FAES se aleja en el tiempo de la vorágine de las connotaciones del debate político actual que pudiera representar su actual director, el ex presidente José María

- 1 Madrid, Fundación FAES, Colección Biografías Políticas “Gota a Gota” , 2017, 174 pp.

Aznar, máxime encargando la redacción del mismo a un historiador puro y de acreditada valía. Esperamos que el sector mayoritario del mundo académico e historiográfico, más bien opuesto ideológicamente a FAES y a su presidente, empiecen a distinguir el grano de la paja. Dicha colección no deja de ser una revisión actualizada de la obra de personalidades políticas de los siglos XIX y XX.

Ciertamente sobre el prócer asturiano existen numerosos libros y publicaciones, considerándolo como literato u hombre eminente de la Ilustración española, pero no existía una biografía política sobre el personaje, como uno de los políticos más influyentes en su época, y como autor de este carácter. Este *Jovellanos* es un sucinto pero intenso repaso a la vida del político ilustrado, que resalta su sentido del deber y de la moderación, descubriéndonos a un auténtico pensador político empeñado en señalar los límites de las virtudes públicas y privadas.

Manuel Moreno centra gran parte de su trabajo en demostrar el talante moderado de Jovellanos, su rasgo más característico y, quizás, su principal virtud, considerando la moderación como la virtud principal del arte de la política, que, para el ilustrado asturiano, no podía tener otro fin que el de la felicidad pública. Así, al perseguir este propósito, la política tenía una finalidad similar a la instrucción, a la economía, a la moral y a otras ramas como la literatura, la historia, el derecho... Si bien, al ser un “arte”, no constituía principalmente una ciencia, no poseía principios generales válidos para todas las situaciones y sus máximas pueden ser siempre ciertas en la teoría, pero no siempre en su aplicación. De ahí su llamada a la sabiduría, a la experiencia histórica y a la prudencia, una idea tan arraigada desde la Antigüedad. Es difícil encontrar un personaje más equilibrado en este sentido. Fue el espíritu mismo de la moderación, cosa rara en un país como España, tan dado al radicalismo y a los extremos. Siempre consideró la moderación como la virtud principal del arte de la política. El autor califica, en ese sentido, al gijonés de «moderado integral» y, sobre esa condición, enfoca su trabajo más desde el liberalismo que desde la ilustración, como generalmente ha sido estudiado hasta ahora. La moderación es la virtud que caracteriza el pensamiento y la actividad pública del asturiano, un rasgo que lo convierte en una referencia histórica, en búsqueda del camino intermedio, que no lo libraría ni de la persecución inquisitorial ni de la inquina de la corte de Carlos IV, causante de su presidio en Mallorca.

Sintetizando las recientes investigaciones sobre Jovellanos, recurriendo sus *Obras completas* y a los testimonios de sus contemporáneos, así como a distintas fuentes de archivo, Moreno aborda la peripecia vital del gijonés desde los años de formación eclesiástica en la Universidad de Osma. Analiza sus inquietudes reformistas, culturales y artísticas, y el ejemplar desempeño de la magistratura en sus diversos destinos en Sevilla, Madrid, Gijón, y en los revueltos días de la guerra de la Independencia. Identifica a sus amistades, a sus protectores y a sus enemigos, y destaca sus lecturas de apasionado bibliófilo.

Trabajador infatigable, se implicó de lleno en los asuntos públicos desde sus distintos cargos y circunstancias. No fue un revolucionario ni un reaccionario, sino un firme defensor de un reformismo inteligente, basado en la prudencia y el realismo.

El libro está estructurado en una Introducción (pp. 11-20) y cinco capítulos: 1º. El encuentro con la Ilustración (1744-1767), pp. 21-34; 2º. El reformador (1768-1790), pp. 35-68; 3º. La "suerte" del destierro (1790-1797), pp. 69-104; 4º. El poder y el castigo (1798-1808), pp. 105-134, y 5º. La llamada de la patria (1808-1811), pp. 135-150 y un epílogo (pp. 151-158), suficientemente documentados con 124 notas colocadas al final del texto (pp. 159-164) y con una escogida bibliografía (pp. 165-170). Cierra el libro con la ilustración de nueve "retratos de los amigos de Jovellanos" (pp. 171-174), donde echamos de menos el magnífico que Goya le hizo al poeta-magistrado Juan Meléndez Valdés, sin duda el amigo de mayor trascendencia literaria del asturiano.

Jovellanos se labró su carrera con tesón, inteligencia y un infatigable espíritu de trabajo, marcado por su carácter y un sentido ético de la política, causa en parte de su persecución, ya que odiaba las intrigas cortesanas. Su familia pertenecía a la nobleza asturiana, pero carecería de una fortuna reseñable, por lo que tuvo que ascender en el escalafón social del Antiguo Régimen contando únicamente con sus propios medios. Tras cursar sus estudios en distintas instituciones de Oviedo, Burgo de Osma y Ávila, concluyó su formación en la prestigiosa Universidad de Alcalá, donde entró en contacto con figuras de la talla de Campomanes o Cadalso. A los veinticuatro años (1768) y con una sólida educación, fue nombrado alcalde del crimen en la Audiencia de Sevilla.

No vamos a detenernos en cada uno de estos capítulos. Como sevillano, Moreno Alonso trata con especial sensibilidad el periodo 1768-1778 que el joven magistrado

asturiano pasó en la capital del Guadalquivir, afirmando que en la vida y en el pensamiento de Jovellanos, Sevilla tiene una importancia fundamental. Su carrera jurídica y política (casi siempre fueron de la mano) comenzó en aquel momento y nuestro protagonista supo aprovechar su estancia en la ciudad andaluza, que se prolongaría a lo largo de una década, para introducirse en los círculos ilustrados, convirtiéndose, al poco tiempo, en uno de sus referentes.

Según Ceán Bermúdez, «todos se paraban a mirarle y no se hablaba de otra cosa que del nuevo alcalde, señaladamente los abogados, relatores, escribanos y demás dependientes del tribunal, que al verle tan joven le creían accesible a sus designios». Allí contactó con Olavide a través de su famosa tertulia del Alcázar, aunque menos de lo que se ha afirmado, porque apenas existen documentos que lo acrediten y porque Olavide pasaba largas temporadas en La Carolina como superintendente de las Nuevas Poblaciones, donde permaneció cinco años casi sin interrupción. Moreno aporta el detalle de que muchos de los tertulianos iban al celebrado «salón sevillano» a contemplar los encantos de la medio hermana o prima del asistente, Gracia Estefanía Olavide, una hermosa criolla que se convirtió en amor platónico tanto del propio Jovellanos como de algunos de sus compañeros. Después, al final de su estancia en Sevilla, Jovellanos vivió muy de cerca la acusación inquisitorial contra Olavide, mientras algunos amigos del asistente declararon en su contra. Jovellanos se limitó a decir en el interrogatorio «que nada sabía». Cuando Olavide regresó a España en 1798, tras su huida a Francia y sus vicisitudes durante la Revolución, el ministro de Gracia y Justicia era Jovellanos. Lo cual dice mucho de su postura ante su injusta persecución.

Destinado a ser uno de los grandes reformadores de la política española, los proyectos y la carrera de Jovellanos terminaron por estrellarse contra la férrea oposición de la Corte, poco propensa a cambiar el estado de las cosas y a dejar actuar libremente a un hombre de carácter tan independiente. Ya fuese María Luisa de Parma o sus adversarios políticos, lo cierto es que el paso de Jovellanos por los pasillos del poder fue efímero. El estallido de la Revolución francesa obligó a las autoridades españolas a crear un cordón sanitario y a “exiliar” de Madrid a personajes de ideas “peligrosas”. Jovellanos, uno de los perjudicados por estas medidas, tuvo que volver a su Asturias natal (1790). Años más tarde, en 1797, Manuel Godoy le instó a aceptar la

cartera del Ministerio de Gracia y Justicia, cargo que no llegó a conservar un año, pues volvió a Gijón en 1798. Sus cuitas con la Corona no terminaron aquí, pues, apenas dos años más tarde (marzo de 1801), fue detenido y encarcelado durante siete años en el castillo de Bellver, en Mallorca.

Liberado en abril de 1808, resistió los cantos de sirena afrancesados y se vinculó a la Junta Central, en la que participaría activamente. Sin embargo, su defensa de la "antigua constitución" y de una convocatoria de Cortes por estamentos le enfrentó a los jóvenes más radicales. El levantamiento popular contra el invasor francés y la nueva realidad política que se impuso en España parecía ser una oportunidad excepcional para poner en práctica las ideas reformistas ilustradas, que Jovellanos defendía. No obstante, todo comenzó a torcerse muy pronto, muchos de sus amigos se pasaron al bando josefino y no pocos liberales españoles desconfiaban de él, a pesar de su reputación. La posición política del pensador asturiano, más ecléctica y menos revolucionaria que la de muchos de los diputados gaditanos, fue mal recibida y su labor en la Junta Central muy cuestionada. La caída de la Junta supuso el punto y final de la vida política de Jovellanos, quien, fiel a sus principios, tuvo como adversarios tanto a reaccionarios como a revolucionarios.

También se hace una magistral síntesis de la fundamental actuación política de Jovellanos durante la Guerra de la Independencia. La mayor parte de ese período transcurrió en Sevilla, que era entonces la capital de la España libre frente al Madrid napoleónico. Es el segundo período sevillano en la vida de Jovellanos que, sin duda, fue más intenso y trascendental que el primero como ministro de Justicia del Gobierno (1797-98). En plena revolución, Jovellanos constituyó la esperanza de muchos españoles preocupados por la «libertad civil». Sus contactos con el prócer inglés Lord Holland, que pasó en Sevilla la primavera de 1809, fueron muy importantes para su pensamiento y acción. Sobre la extraordinaria actividad desempeñada por él da cumplida cuenta en su *Memoria en defensa de la Junta Central*, su obra más importante, que escribió poco antes de morir de pena medio abandonado en el retorno a su amada patria asturiana (noviembre de 1811).

Se analizan sucintamente los escritos de Jovellanos. En la introducción de la biografía, el autor lamenta la ausencia de una obra que condense todo el pensamiento

del ilustrado asturiano y que le catapulte, como bien merecía, a la fama internacional. El *Informe sobre la Ley Agraria*, su obra más conocida, donde Moreno subraya la contradicción entre el individualismo liberal de sus planteamientos y su defensa de la aristocracia, o la citada *Memoria en defensa de la Junta Central*, sus trabajos más completos, reúnen gran parte del ideario político de Jovellanos, pero, aun siendo textos técnicos o jurídicos de una erudición incuestionable, solo dejan entrever parte de su extraordinaria mentalidad. No debemos olvidar que el biografiado cultivó distintos géneros literarios como poesía, teatro y ensayos de economía, de política, de agricultura, de filosofía y de costumbres. Únicamente juntando las piezas diseminadas por incontables páginas podríamos tener una idea completa del pensamiento de nuestro protagonista.

Moreno Alonso concluye definiéndolo como un hombre de transición, pero de trascendencia histórica. Como representante de lo que se ha llamado la “Ilustración liberal”, con aspectos propios del liberalismo como la defensa de las libertades y la división de poderes, Jovellanos fue el padre del liberalismo español y el precursor de la generación española de 1808. Pasado el tiempo se convirtió en inspirador del liberalismo doctrinario posterior, cuando éste se transforma en una ideología y en un proceso político. Habrían de transcurrir más de dos décadas tras su muerte para que su moderantismo fuera reivindicado por un importante sector de los liberales.

Se dejan sentir en el libro que comentamos las limitaciones espaciales, puesto que con un centenar más de páginas se podrían haber desarrollado aspectos biográficos que ahora sólo son vislumbrados en cada uno de los cinco capítulos. Así la etapa de la presidencia de la Junta Central, que ya cuenta con abundante bibliografía y de la el autor es súper especialista.

Concluyendo, Moreno ha logrado dibujarnos a un personaje que, en un mundo de cambio acelerado y revoluciones, representa el espíritu de moderación que buscaba caminos casi imposibles en una España convulsa y dividida. Biografía atractiva, pues, aunque los historiadores, normalmente, se interesan por el estudio de los revolucionarios, no menos fascinantes son vidas como esta de Jovellanos, que dedicó su existencia a conciliar bandos enfrentados y a intentar comprender las ideas de los demás.

Este libro de FAES nos permite adentrarnos en el mundo de un excepcional español, incomprendido y perseguido por “las dos Españas” de su época, que no entendieron que murió como había vivido: defendiendo a la vez lo tradicional y lo moderno dentro de un sincero reformismo que le llevó al destierro y a la persecución política. Su fama en vida se debió a su buen hacer literario y a sus firmes convicciones, incómodas a veces al poder.

Las enseñanzas de un Jovellanos moderado son de una importancia enorme en este momento en España, y deberíamos aprender de ellas. Este país, en el momento en el que muere Jovellanos, entra en una gran crispación por parte de unos y de otros, y él fue, en cierto modo, la primera víctima de las dos Españas. Ni unos ni otros entendieron su espíritu de moderación.

Jovellanos. La moderación en política viene a cubrir el hueco biográfico del eminente político y pensador gijonés, una ausencia que explicaría la ignorancia sobre el personaje y las especulaciones sobre él de una parte de la inteligencia española de ayer y de hoy.

Bienvenidos sean este tipo de libritos, que gozando de la confianza y rigor de un prestigioso autor, se presentan ágiles en el tamaño (menos de 200 páginas) y con estilo ameno, de manera que se lee de un tirón, como una amena novela, pero dejando el poso de una profunda reflexión nostálgica, anhelando a gigantescos hombres de Estado, verdaderos patriotas, como Jovellanos, Meléndez Valdés, o Rodríguez Campomanes, ahora que estamos gobernados por auténticos enanos de todos los colores políticos.